

para impedir que los conservadores se incorporasen a la normalidad republicana, y lo que sucedió con el Frente popular –primero en la jornada electoral de 1936 y, después, en las Cortes– son episodios que abundan en lo mismo: los republicanos que podían controlar la situación supeditación los intereses de España a los suyos con el afán de no perder nunca el poder personal. Se ha publicado ya suficiente información para concluir que, entre febrero y julio de 1936, en gran parte de España, se fue haciendo la vida literalmente imposible

para quienes tuvieran la osadía de no apoyar la situación. Basta asomarse al Dietario del presidente de la República, Alcalá-Zamora.

Gortázar lleva a Romanones hasta el final, hasta su muerte, y, por tanto, tiene que vérselas con la represión, primero, en su caso la persecución de la derecha sorprendida en territorio donde el golpe militar fracasó, y con el Régimen después y, cómo no, la censura. Las dificultades para publicar el tercer tomo de sus memorias lo dicen todo.

JOSÉ ANDRÉS GALLEGO

Antonio GARCÍA MOYA, **Fray Emiliano María de Revilla. El espíritu aventurero de un capellán en la campaña de Marruecos.** Legardeta (Navarra): Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, 2020, 203 p., ISBN: 9788494860591

Esta biografía del Padre Revilla, como era conocido Eloy Gallego Escribano (Burgos, Revilla Vallejera 1880 - ¿Estepar? 1936), va precedida por una dedicatoria del autor a su abuelo, asesinado en 1936, y por los agradecimientos al uso. Sigue una breve “Presentación” de don Isaac Rilova Pérez, que sitúa de manera cabal el carácter y alcance del libro, y un “A manera de prólogo” a cargo de don Máximo López Vilaboa. Es este un texto más personal en el que rememora algunas anécdotas que nos aproximan a la figura de Revilla; se resalta ahí el espíritu de cooperación ejemplar con que administraciones locales de diferente signo, en Aranda de Duero, han abordado la recuperación de la memoria, o de la historia

de la última guerra civil, mediante el apoyo económico a las labores de excavación de fosas comunes localizadas en aquellos pagos.

El autor del libro, militar destinado en la Legión durante sus últimos 21 años en activo, cuenta con una estimable obra historiográfica centrada en el regimiento de infantería Toledo nº 35 y en la propia Legión, además de haberse ocupado de los perfiles biográficos de soldados ilustres que alcanzaron el debido reconocimiento con la concesión de la Laureada. Don Antonio García Moya aúna el conocimiento facultativo, con el que podrían andar menos familiarizados los historiadores de oficio, con una probada capacidad para la narrativa, como redactor jefe de la revista *La Le-*

gión. Sabe de lo que escribe. Como investigador toca de oído, pero domina los vericuetos administrativos de la institución castrense, lo que tratándose del Padre Revilla, resulta casi imprescindible para entender su trayectoria.

El cuerpo de la obra está organizado en diez capítulos narrativos, más un apartado de fuentes informativas, en los que desarrolla con criterio cronológico la biografía del personaje, partiendo, cómo no, de los antecedentes y el entorno familiar, algo importante para captar el sistema de valores que marcó su vida. Con estilo suelto y ameno, García Moya sigue los pasos del teniente de infantería Gallego Escribano, su voluntaria separación del servicio y la tardía vocación que le hizo ingresar en la orden franciscana y posteriormente, ordenarse como sacerdote. Su carácter inquieto y el apego nunca entibiado al ambiente militar, le llevarían a volver al ejército como capellán y a buscar experiencias formativas quizás chocantes en un fraile, como realizar cursos de aeronáutica en Cuatro Vientos. Parece que Revilla también frecuentó la universidad en Madrid, hasta el punto de que se le han atribuido titulaciones académicas que nunca acreditó, sin que tampoco lo desmintiera.

El subtítulo elegido (El espíritu aventurero de un capellán en la campaña de Marruecos) queda justificado en el capítulo que el autor dedica a la permanencia del capuchino en el Tercio durante las operaciones que siguieron, en el otoño de 1921, al

desastre de Annual. Esa estancia duró pocas semanas, pero constituye un momento crucial en la vida de Revilla y dio origen a una no escasa fama mediática y a la discreta notoriedad que le acompañó durante el resto de su vida. El tono viene dado por relatos como el del corresponsal de *La Voz*, publicado el 22 de noviembre de 1921: “Cumplida su misión en aquel lugar, corre de un lado para otro. ¡Sublime espectáculo el de aquel franciscano, que, con el hábito arremangado para que no le estorbe, salta, con agilidad de cabra, por los peñascos, para llegar al herido que reclama su auxilio! Y como este episodio que yo presencié podría citar otros mil que me han contado los propios oficiales de la Legión” (p. 112). En tales circunstancias, su temperamento, que le impulsaba a significarse y a figurar, pudo haber provocado embarazo y obstruccionismo en las autoridades civiles y eclesiásticas, que frustraron su tentativa de mediar en la liberación de los prisioneros que estaban en poder de los moros, o el proyecto, un poco nebuloso, de fundar en el Protectorado lo que él denominó “Escuelas Cristianas Hispania”. Tampoco prosperó el juicio contradictorio para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando, una propuesta originada en un parte del mismísimo Franco al general Sanjurjo.

Los capítulos siguientes se ocupan de los años de repliegue en la vida del Padre Revilla. Ahí se constata su rechazo a la España oficial de entonces, de la que creía haber sufrido acoso y

persecución, y su compromiso con el activismo político de izquierda¹. Su credo: “con fe, franciscano. Sin fe, anarquista”, habría declarado en 1928 a más de un reportero (p. 164 y 175). El final del Padre Revilla es conocido a grandes rasgos pero falta precisión en el detalle, lo que resulta lamentable porque en este caso sí tiene significación. El estallido de la guerra le pilló en tierras de Extremadura, donde al parecer, guió a una columna de milicianos que tras saquear e incendiar la población de Villamesías, fue destruida cuando se dirigía a Trujillo. Pero antes de que se produjera el descalabro y –casi con toda seguridad– de lo ocurrido en Villamesías, Revilla había abandonado esa fuerza, para reaparecer en su pueblo de Burgos algunos días después. A partir de entonces, los hechos son confusos. Es fama, aunque el rumor no está confirmado de manera fehaciente, que sus protestas ante un asesinato fue la causa de su detención y traslado a la prisión de Burgos por un grupo de paramilitares. De allí debió salir en una saca a primeros de septiembre y ser fusilado junto a algunos vecinos de Castrojeriz en las proximidades, opina García Moya, de la localidad burgalesa de Estepar. Para entonces el Padre Revilla ya llevaba años fuera del convento, pero como

¹ El Padre Revilla es personaje mencionado ocasionalmente en la prensa de estos años; *vid.* por ejemplo el suelto en el diario *Ahora* (15 de abril de 1936) p. 8: “En una finca situada entre Cáceres y Trujillo ha sido detenido por la Guardia civil un grupo de obreros que iba capitaneado por el padre Revilla, actualmente profesor del Instituto de Trujillo”.

aquí se apunta, probablemente puede ser considerado el primer religioso al que mataron los sublevados.

Este es un libro capaz de hacerse con la atención del lector. Crea interés, construyendo marcos ambientales e introduciendo historias paralelas bien engarzadas con el asunto principal, lo que aporta significado a la narración, especialmente cuando la parte desempeñada por Revilla parece ser marginal o hay escasez de datos sobre él. El autor domina el manejo de los tiempos, sin avanzar lo que vendrá después ni prejuzgar sucesos o actitudes. ¿Quién podría adivinar, en el alumno de la academia de infantería de 1897, al activista social y profesor en el instituto de Trujillo en tiempos de la República? Eso se desvela en su momento, a la manera de un relato de intriga.

Es historia *non probandum, sed narrandum*, lo que no significa en absoluto que carezca del rigor que aportan una bibliografía bien informada, la consulta de fuentes documentales y el uso prudente de juicios de valor, un aspecto en el que García Moya muestra sobriedad. Más que argumentar sobre detalles oscuros, su libro proporciona una visión de conjunto sobre la vida de Revilla, enriquecedora aunque abierta a que nuevas investigaciones puedan trazar los rasgos que están borrosos o ausentes en su propia aportación.

Desde estos supuestos, ahí emerge el perfil de un idealista intransigente, impetuoso y personalista que tomó partido en los problemas de su época

sin arredrarse ante las consecuencias. En este sentido, hubiera sido oportuna una referencia documental clara sobre el compromiso asumido con los comunistas en marzo de 1936 (p. 181), dato que no cuadra mucho con la caracterización del Padre Revilla como un representante de “esa tercera España que no pudo ser”, ahogada entre los extremismos de la Guerra Civil, como afirma el prologuista (no el autor, adviértase). Quizás la figura del Padre Revilla evoca, más bien,

virtudes elevadas junto a errores trágicos propios de su tiempo, lo que le otorga un valor simbólico que debe ser recordado por las generaciones venideras. Eso le hace merecedor de que su pensamiento y sus hechos sean conocidos con toda la amplitud que sea posible, de acuerdo con la información asequible a los historiadores en cada momento. Algo que se ha logrado cumplidamente en esta biografía.

MANUEL MORÁN ORTI